

Escuchar por escuchar: la escucha de los pueblos originarios como praxis transformadora en la esfera psicosocial

Listening to listen: listening to the original peoples as transformative practice in the psychosocial sphere

Recibido: 2 de mayo de 2019 / Aceptado: 18 de julio de 2019 / Publicado: 20 de agosto de 2019

Forma de citar este artículo en APA:

Pavón Cuellar, D. (2019). Escuchar por escuchar: la escucha de los pueblos originarios como praxis transformadora en la esfera psicosocial. *Poiésis*, (37), 35-42. DOI: 10.21501/16920945.3341

David Pavón Cuéllar*

Resumen

Los pueblos originarios no son escuchados en México. Ante esta falta de escucha, la primera transformación que puede hacerse es empezar a escuchar. La escucha, para ser de verdad transformadora, deberá evitar al menos tres vicios: el de la objetivación practicada por el científico, el exceso de comprensión del portavoz y la obstinación de los mineros del alma que arrancan las palabras, fuerzan y controlan o deciden la comunicación, y convierten la escucha en un interrogatorio. Después de criticarse estos tres vicios, el artículo propone una escucha en silencio y en respeto, pero en la que hay lugar para el diálogo, recordándose lo que los pueblos originarios han dicho en el pasado e intentando escuchar su voz indígena en el rumor silenciado y ahora silencioso de nuestra propia voz mestiza.

Palabras clave:

Amerindio; Cambio social; Ciencia; Escucha; Psicoanálisis.

* Doctor en Psicología y Doctor en Filosofía. Profesor Titular de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, en Morelia, Michoacán, México. ORCID: 0000-0003-1610-6531. Contacto: davidpavoncuellar@gmail.com

Abstract

Native peoples are not heard in Mexico. In the face of this lack of listening, the first transformative thing that can be done is to start listening. Listening, in order to be truly transformative, must avoid at least three vices: that of the objection practiced by the scientist, the over-understanding of the spokesman and the obstinacy of the soul miners who pluck the words, force and control or decide the communication, and turn listening into an interrogation. After criticizing these three vices, the article proposes a listening in silence and respect, but in which there is room for dialogue, recalling what the original peoples have said in the past and trying to hear their indigenous voice in the silenced rumour and now silent of our own mixed voice.

Keywords:

Amerindian; Social change; Science; Listen; Psychoanalysis.

El monólogo mexicano sin los pueblos originarios

Hablaré sobre los pueblos originarios de México. Ellos no hablarán, sino que seré yo quien hable sobre ellos. Al hablar sobre ellos, hablaré en lugar de ellos. ¿Por qué no serán ellos mismos quienes hablen sobre ellos? Porque no están aquí, sino allá, en México, trabajando como campesinos en sus milpas, como vendedores en mercados, como albañiles en construcciones, como sirvientas en casas ricas o como obreros en inmensas fábricas. Están allá, trabajando en silencio con sus manos, mientras yo estoy aquí, hablando sobre ellos y dándome así el gusto de trabajar con mi cabeza gracias a mi trayectoria de posgrado, enseñanza, investigación y publicaciones.

Mi trayectoria es mía y no de un indígena porque está prácticamente vedada para él. Es por esto y por más, que él, por lo general, no puede hablar sobre él ni en la academia ni en la política ni en los medios. Es verdad que a veces abrimos un espacio para que se exprese, pero suele ser un espacio bien acotado, controlado, predeterminado y además brevísimo, demasiado estrecho, de ningún modo proporcional a lo que es.

Los pueblos originarios en México son un 10% de la población, es decir, en términos absolutos, más de quince millones de indígenas, más que en cualquier otro país latinoamericano, incluso más que en Perú, Bolivia o Guatemala. Sin embargo, para medir mejor aquello de lo que estamos hablando, tenemos que ir más allá de censos y estadísticas, pues los pueblos originarios de México son mucho más que simples números. Constituyen algo incuantificable que impregna y atraviesa todo lo que somos en México. Son un ingrediente fundamental de la cultura mexicana, una cultura intrínsecamente mestiza, toda ella mezclada con lo indígena. Es indiscutible que hay algo indígena en todo mexicano, por más blanco o blanqueado que esté, por más racista que sea, pues no es un asunto de raza biológica ni de opción política, sino de constitución cultural de la subjetividad.

Ahora bien, por más indígenas que seamos los mexicanos, es demasiado poco lo que sabemos acerca de los pueblos originarios. Los concebimos como algo diferente y distante de nosotros. Ni siquiera nos los representamos como algo verdadera y plenamente humano. Más bien los vemos como partes del paisaje o como atractivos turísticos.

Miramos poco y mal a los pueblos originarios, pero no los escuchamos nada. No les damos la palabra. No los dejamos hablar. Tan sólo hablamos entre nosotros, acaparando todo lo que se dice en las esferas mediáticas, políticas y académicas. Nos dedicamos así a monologar entre nosotros. No dialogamos con los pueblos originarios. Ellos aparecen tan sólo como testigos mudos cuyo silencio ensordecedor hace dudar y desconfiar de todo lo que nos decimos unos a otros. Nuestra comunicación, en la que reposa todo nuestro mundo, carece absolutamente de importancia y de legitimidad mientras continuemos excluyendo a quienes deberían estar entre nuestros principales interlocutores, como lo muestra magistralmente Enrique Dussel (1996) en su debate con Karl-Otto Apel (1995).

El caso es que olvidamos a los pueblos originarios. Ignoramos lo que tienen que decirnos. Los ignoramos, y, al hacerlo, nos ignoramos, pues también somos ellos. Nos callamos al callarlos. Al no escucharlos, no escuchamos lo que somos.

La escucha como praxis transformadora

La falta de escucha de lo indígena, quizás uno de los más graves problemas de la sociedad mexicana, sólo tiene una solución: empezar a escuchar lo que no escuchamos, escucharlo por escucharlo, porque debemos escucharlo. Esto es lo que hay que hacer. No parece mucho, pero es enorme. Hacerlo es ya una revolución, una transformación radical en los ámbitos económico, social, político, ideológico y cultural, y, por eso mismo, en la esfera psicosocial. Tenemos aquí una praxis transformadora, una praxis en la acepción más propia de la palabra, en tres niveles de sentido.

En primer lugar, la escucha por la escucha, como la praxis de Aristóteles (-349/1981), es una acción cuyo propósito estriba en ella misma, que logra su fin al efectuarse, al escuchar por escuchar. En segundo lugar, en el caso preciso de los pueblos originarios, la escucha es, como la praxis de Gramsci (1933/1972), una acción que desafía cualquier determinismo, cualquier fatalismo, como el de la condena de silencio que pesa desde hace más de quinientos años sobre los pueblos originarios. Por esto mismo, en tercer lugar, la misma escucha es, como la praxis de Sartre (1960), lo contrario de la *hexis*, es decir, lo contrario de la práctica solidificada, rigidizada, consistente en ignorar a los pueblos originarios, hacer como si no existieran, excluirlos de la palabra como de todo lo demás.

Ante los pueblos originarios a los que no se les escucha, lo primero transformador que podemos hacer es abrirnos paso hasta su palabra y escucharla con la mayor atención. Esta escucha ya es en sí misma una revolución, pero es también un gesto con el que puede llegar a desencadenarse un movimiento revolucionario con el que se transformen profundamente las relaciones que se establecen con los pueblos originarios. Es por esto que ante ellos la escucha debe ser el primer paso de cualquier praxis transformadora. En cuanto a los siguientes pasos, tendrán que ser acordes a lo que hayamos escuchado. La escucha es la acción de la que debe proceder cualquier acción para evitar intervenciones sordas, insensibles e impositivas, que reproduzcan lo mismo que debería transformarse.

Para ser transformadora en la relación con los pueblos originarios, la praxis debe comenzar por escuchar su palabra. Este primer paso puede recibir un valioso auxilio del método psicoanalítico, uno de los pocos métodos favorables a la escucha en la ciencia occidental moderna, la cual, en parte por causa de su complicidad con el poder sobre lo que se ve, se caracteriza por el privilegio dado a la visión, a la mirada objetivadora, siempre a costa de la escucha del otro como sujeto. En contraste con esta actitud constitutivamente sorda, el psicoanálisis ha preservado al menos una parte del arte de la escucha que resulta indisociable de lo humano, que se ha perdido en una civili-

zación tan deshumanizada como la nuestra y que aún se cultiva cotidianamente entre los pueblos originarios mexicanos, en sus comunicaciones y en sus prácticas asamblearias, como nos lo ha mostrado Carlos Lenkersdorf (1996; 2002).

Las falsas escuchas del científico, el portavoz y el minero del alma

Tanto la sabiduría indígena como el método psicoanalítico pueden enseñarnos mucho sobre la praxis de la escucha, sobre la mejor manera de escuchar a los pueblos originarios, sobre lo que debemos hacer para escucharlos, pero también sobre lo que *no* debemos hacer. ¿Qué *no* debemos hacer? Mencionemos, como simple ilustración, tres vicios comunes que hacen degenerar la praxis de la escucha.

Un primer vicio es el de escuchar como si estuviéramos viendo y no escuchando lo que escuchamos. En lugar de escuchar al sujeto indígena, se le reduce a un objeto de estudio. Estudiarlo es verlo y objetivarlo mientras pretendemos escucharlo. No se le escucha como a un interlocutor. No se discute con él como con otro académico, de igual a igual, sino que se toma distancia para examinarlo mejor y se le ve desde arriba, desde el pedestal de nuestro saber, situando sus palabras en otro nivel de comunicación diferente de aquel en el que se articulan. Empleamos así una terminología científica, propia de iniciados en la psicología o en otras ciencias, para dar sentido a las palabras profanas de un indígena que suponemos que no sabe lo que dice cuando habla. Sus palabras son designadas y elucidadas por las nuestras. Hablamos de lo que él habla. Escucharlo es recabar información. El indígena es el informante y aquello sobre lo que informa. Es nuestro material, nuestro medio y nuestro objeto. Él es el estudiado mientras que nosotros somos los estudiosos. Nosotros lo estudiamos a él en lugar de simplemente dialogar con él como con uno de nuestros colegas. Por un lado, están los sujetos, quienes discuten sobre el indígena unos con otros, y por otro lado está el indígena que es aquello de lo que hablan y que no podría entenderlos cuando hablan.

Un segundo vicio de la escucha es el de precipitarnos al comprender, escuchando más de lo que se dice, escuchando también lo que imaginamos que se quiere decir con lo que se dice. En realidad, no es que el otro quiera decir algo, sino que nosotros queremos que lo diga. Lo queremos y creemos conseguirlo. Creemos lograr que lo diga, pero somos nosotros los que lo decimos. Acabamos escuchándonos a nosotros mismos en lugar de escuchar al otro. En lugar de escuchar las palabras del indígena, escuchamos el significado que damos a esas palabras. Escuchamos nuestras ideas y se las atribuimos a él y luego las presentamos como si fueran de él. Es así como nos convertimos en su portavoz, como si él no tuviera su propia voz. Lo cierto es que no queremos escuchar su voz porque no corresponde a nuestras ideas. Estas ideas, las nuestras, son todo lo que nos interesa escuchar. Es lo que ocurre, por ejemplo, cuando utilizamos el método hipotético deductivo, formulamos ciertas hipótesis en la universidad acerca de los pueblos originarios y luego vamos con ellos y nos las arreglamos para escucharlos decir de algún modo lo que valide o invalide nuestra hipótesis. Evidentemente no lo dicen, pero nosotros creemos que lo dicen pues creemos escucharlos al escucharnos. Es algo que nos ocurre también a los marxistas cuando vamos hasta

las comunidades más remotas para escuchar nuestras propias ideas sobre la acumulación primitiva, para escucharnos así a nosotros mismos al pretender escuchar a los indígenas, contando siempre con ellos para escucharnos hablar sobre lo que significan sus palabras, escuchándonos con la mayor atención, pues ellos sí que saben escuchar.

Un tercer vicio de la escucha es el de arrancar las palabras, forzar y controlar o decidir la comunicación, convertir la escucha en un interrogatorio en el que somos nosotros los que preguntamos y el otro debe responder nuestras preguntas. Es lo que sucede cuando llegamos a las comunidades indígenas con encuestas, cuestionarios o pautas de entrevistas más o menos estructuradas, y claro, también con un formato de consentimiento informado para protegernos legalmente y para disculparnos estúpidamente ante nuestra conciencia. Llegamos así, como una suerte de mineros del alma, con instrumentos para extraer de los indígenas los materiales que deseamos o necesitamos en función de nuestros intereses laborales o universitarios. Es por estos intereses, y no simplemente por escuchar, que escuchamos a los indígenas y que no podemos regresarnos a la ciudad sin haberlos escuchado. Además de que este comportamiento reproduce las relaciones de explotación que siempre se han mantenido con los pueblos originarios, no se nos ocurre pensar que los interrogados quizás tengan otras formas de hablar, o tal vez necesiten discutir y expresarse como comunidad, o simplemente prefieran guardar silencio, no quieran decir nada y únicamente nos respondan por cordialidad, por su infinita generosidad o bajo presión, aunque sea, por supuesto, una presión bien disimulada.

¿Qué hacer?

Los tres vicios a los que acabo de referirme, el del científico, el del portavoz y el del minero del alma, impiden una verdadera escucha de los pueblos originarios. A diferencia de la extracción del minero, la escucha de verdad es una que escucha por escuchar, por el deseo de escuchar a los indígenas, por el interés en lo que tienen que decirnos y no en lo que necesitamos que nos digan. Es una escucha que se abstiene de interrogar, limitándose a despejar un espacio para la palabra, para cualquier palabra, esperándola con paciencia. Y mientras llega la palabra, si es que llega, debe respetarse el silencio, atenderlo, tomarlo en serio e intentar escucharlo, escuchar algo de todo lo que dice, algo de todo aquello que no puede ser expresado por diversas razones: porque robamos las palabras con las que podría expresarse, porque no hemos asegurado las condiciones de posibilidad para que se exprese, porque todavía no merecemos escucharlo, porque tal vez tan sólo un indígena podría entenderlo o porque no tiene lugar en el mundo en el que vivimos ni en las formas de comunicación que establecemos entre nosotros.

Nuestro primer problema es que hablamos demasiado. Nos arrebatamos la palabra y no dejamos ni una breve pausa para escuchar al indígena. Para escucharlo, deberíamos callarnos, atender a lo que nos dice o esperar a que nos lo diga, no precipitándonos a decirlo en su lugar, no convirtiéndonos en su portavoz, no usurpando su voz. Esta voz es irremplazable y tan sólo puede ser de él y escucharse de modo silencioso y respetuoso.

Escuchar en silencio y con respeto no significa de ningún modo que nos condenemos a enmudecer. Mejor dialogar con los pueblos originarios, entretejer sus voces con las nuestras, comentar y discutir lo que dicen, escucharlos y hablarles, responder lo que nos preguntan y preguntar lo que nos intriga. Pienso que tenemos incluso el derecho de completar lo que escuchamos: por un lado, al indagar lo que los pueblos originarios han dicho en el pasado, al recobrar sus palabras perdidas, al escuchar así también su voz en los tiempos más remotos; por otro lado, al tratar de escuchar esa misma voz indígena en el rumor silenciado y ahora silencioso de nuestra propia voz, haciendo resonar las palabras que han resistido en todas las fibras de nuestras culturas latinoamericanas, intentando exhumar así lo enterrado en el fondo más oscuro de nuestro corazón mestizo.

Es válido, pues, comentar, discutir e incluso intentar completar las palabras de los pueblos originarios, pero esto no debe autorizarnos a ver esas palabras como un objeto de estudio. No se trata de polemizar entre colegas acerca de lo que dicen o quieren decir los indígenas, sino de conversar con los propios indígenas en una relación de igualdad, tal como hablaríamos entre colegas académicos. Es muy importante aquí evitar el prejuicio que nos hace imaginar que nuestro saber científico es más fiable o más veraz, entiende mejor o sabe más que los saberes ancestrales de los pueblos originarios, justificándose así la violencia epistémica de aclararlos, explicarlos, rectificarlos o dar cuenta de ellos.

La relación entre los saberes ancestrales y los de la ciencia moderna tiene que ser horizontal y con derecho a réplica para unos y para otros. La sabiduría de los pueblos originarios debe poder cuestionar las teorías científicas occidentales al dialogar con ellas. Este diálogo y este cuestionamiento requieren evidentemente una cuidadosa traducción entre saberes, pero la traducción tiene que hacerse en los dos sentidos, no planteándolo todo tan sólo en los términos del saber dominante.

La ciencia debe atreverse a escuchar al indígena en los propios términos del indígena y tiene que tratar de responderle y justificarse ante él en esos términos. Es en los mismos términos en los que hay que aprender humildemente de los pueblos originarios. Escucharlos de verdad es también permitirles enseñarnos todo lo que ignoramos.

Conflicto de intereses

El autor declara la inexistencia de conflicto de interés con institución o asociación comercial de cualquier índole.

Referencias

- Apel, K. O. (1995). La ética del discurso ante el desafío de la filosofía latinoamericana de la liberación. *Isegoría*, (11), 108-125. doi: <https://doi.org/10.3989/isegoria.1995.i11.256>
- Aristóteles (1981). *Ética Nicomaquea*. Ciudad de México: Porrúa. (Original de -349).
- Dussel, E. (1996). La ética de la liberación ante la ética del discurso. *Isegoría*, (13), 135-149.
- Gramsci, A. (1972). Introducción a la filosofía de la praxis. Barcelona: Península. (Original de 1933).
- Lenkersdorf, C. (1996). *Los hombres verdaderos: voces y testimonios tojolabales: lengua y sociedad, naturaleza y cultura, artes y comunidad cósmica*. Ciudad de México: Siglo XXI.
- Lenkersdorf, C. (2002). *Filosofar en clave tojolabal*. Ciudad de México: Miguel Ángel Porrúa.
- Sartre, J. P. (1960). *Critique de la raison dialectique*. París: Gallimard.